

"Liberal-conservador": ¿atajos políticos de los mexicanos?

Ulises Beltrán*

* Profesor afiliado al cide y consultor asociado al despacho bgc, s.c. Oliva Pérez y José Hernández se encargaron del procesamiento estadístico de la información y de la preparación de las gráficas. Parte de este artículo se publicó en Nexos, núm. 285, septiembre de 2001.

Los miembros de toda sociedad están condenados a tomar sus decisiones en un contexto de información imperfecta y limitada (Downs, 1957). Por eso, toda decisión política implica incertidumbre. Obtener información para reducir el grado de incertidumbre implícito en cualquier decisión política supone costos directamente proporcionales a la certidumbre que cada individuo demande para optar políticamente. Así, todo proceso de toma de decisiones racionales es un procedimiento marginalista de adquisición de información. Los individuos van adquiriendo información por pedazos, hasta que los beneficios adicionales que les reporta la última pieza de información son iguales al valor marginal de adquirir más información (Arrow, 1951). Para disminuir este costo, los ciudadanos recurren a conceptos simplificadores que sirven como atajos informativos (Popkin, 1991; Page y Shapiro, 1992) o heurísticos (Sniderman et al., 1991) basados en creencias y valores arraigados. Estos recursos heurísticos son atajos de juicio compartidos utilizados por las personas para sacar inferencias complejas a partir de pistas simples que toman del ambiente en el que viven (Sniderman, 2000). Las creencias y valores arraigados constituyen la base de las simplificaciones con las que los individuos enfrentan el universo de información política al que se enfrentan cotidianamente. Estos valores se forman a lo largo de los procesos de socialización vivido por cada persona. Los conocimientos previos sobre algunos conceptos políticos básicos le dan a los individuos "...la balsa y la brújula con las que sobreviven y navegan los turbulentos y en ocasiones complejos mares del debate político" (Popkin y Dimock, 2000).

Ideología es un término demasiado vago y polémico para definir con precisión los valores o las creencias de distintos grupos sociales. Sin embargo, evoca la idea de que existen formas de pensar, actitudes o preferencias sobre la moral y la orientación de las políticas públicas que definen contornos de diferenciación entre grupos de individuos y entre partidos políticos o asociaciones. Algunos investigadores asumen la ideología como un factor de personalidad que subyace en todas las preferencias y reacciones de las personas a lo largo de una amplia variedad de actividades humanas. Para otros, la ideología es una especie de orientación general que media entre la personalidad y los valores de los individuos. Para otros más, se trata de un sistema de valores en el que conviven preferencias sobre temas específicos o políticas públicas con actitudes morales. Todos suponen que estos contornos no sólo tienen un valor taxonómico, sino que sirven para predecir actitudes y conductas individuales y colectivas. Asumimos que toda ideología ofrece modelos mentales de las acciones y de sus productos, consecuentes con los valores que define. Estos modelos mentales comprenden "mapas de acciones y productos que relacionan los actos de los individuos relevantes en su función de utilidad a las posibles acciones entre las que el individuo puede escoger" (Denzau y North, 2000).

Parece razonable admitir que los rasgos de diferenciación definidos por las ideologías existen en la sociedad, pero es más difícil sostener que es posible conocerlos en toda su complejidad o que las etiquetas utilizadas para delimitarlos corresponden a lo que las personas piensan o a los conceptos que utilizan para definirse a sí mismos. Una primera razón que permite dudar de esta supuesta consistencia entre las posiciones ideológicas y los sistemas de creencias individualmente asumidos es que la diferenciación de modos de pensar, valorar y actuar se han entrelazado y confundido, sobre todo a partir de las últimas décadas del siglo xx. Además, las categorías que usamos, como izquierda-derecha, socialista-individualista o liberal-conservador, por ejemplo, suponen dimensiones bipolares que no corresponden necesariamente a la realidad de sistemas de valores o actitudes con estructuras más

complejas. Cuando utilizamos estas categorías suponemos que los individuos también recurren a conceptos simples, a atajos de juicio, informacionales o heurísticos, para simplificar su comprensión del mundo y de su propio sistema de valores o ideología y que algunas de las categorías que utilizamos para definir los contornos de la ideología corresponden a estos atajos simplificadores.

Mucha investigación ha demostrado que en México los conceptos izquierda-derecha, como conceptos de autodefinición, no refieren claramente a las estructuras de valores, actitudes y opiniones que se supone especifican. Las categorías izquierda y derecha definían antes de la elección de julio de 2000 actitudes simples de oposición o apoyo al régimen y, consecuentemente, de deseo de cambio. Así, en una encuesta telefónica levantada en agosto de 1998, 40% de la población adulta que vive en un hogar con teléfono decía que se consideraba de izquierda porque estaba en desacuerdo con el gobierno o porque simpatizaba con la oposición, y 20% decía que era de izquierda porque era necesario un cambio. Casi simétricamente, 40% de quienes se autodefinieron como de derecha se consideraban así porque estaban de acuerdo con el gobierno y su partido. La elección del primer gobierno de oposición movió radicalmente esta coordenada y casi se duplicó la proporción de encuestados que no sabía por qué se autodefinía como de derecha o de izquierda (véase cuadro 1). Entonces y ahora los conceptos izquierda-derecha refieren sólo vagamente a las estructuras de valores, actitudes y opiniones que se supone especifican

Años de un deliberado y continuo esfuerzo oficial de indefinición para lograr la más amplia inclusión posible terminaron desdibujando dos conceptos que en otros países y contextos de conflicto político corresponden claramente a clivajes concretos y reconocibles.

Los conceptos liberal y conservador, por el contrario, han sido recurrentemente utilizados para la diferenciación en el conflicto político. Desde los primeros años de educación cívica, la maniquea historia oficial ubica en el santoral cívico gestas y héroes en un continuo definido por estas dimensiones. Este artículo tiene un alcance modesto. Se trata de explorar si las categorías liberal y conservador son términos utilizados por los mexicanos para autodefinirse y si delimitan modelos mentales, es decir, conjuntos de valores y actitudes comunes que corresponden a lo que suponemos especifican. También se trata de examinar si estas categorías están relacionadas con el santoral cívico que supuestamente les corresponde y, finalmente, si el público asocia estas categorías y lo que significan con los partidos políticos. En suma, se trata de saber si los conceptos liberal o conservador sirven a los mexicanos como atajos de juicio a los que pueden recurrir cuando deciden políticamente.

El estudio está basado en una muestra nacional de personas que viven en un hogar con teléfono.¹ Para clasificar a las personas con base en sus niveles de conocimiento e interés en asuntos políticos se construyó un índice de información política con base en tres preguntas: conocimiento del nombre del gobernador de la entidad donde vive el encuestado, del número de cámaras que componen el Congreso y de la duración del cargo de diputado. A mayor valor del índice, mayor conocimiento e interés político del entrevistado. El uso del índice permite ponderar el valor de las respuestas sobre asuntos no cotidianos de personas con niveles distintos de información y, por tanto, presumiblemente de interés en la política. La idea es que muchas de las aparentes inconsistencias que con frecuencia se encuentran en encuestas de opinión política o ideológica provienen de respuestas a la entrevista de personas con poca información e interés políticos y que, por tanto, no son verdaderas opiniones (Zaller, 1992 y 1996). El índice está relacionado con los niveles de educación de los entrevistados, pero no se correlaciona perfectamente. Esto es, a la dimensión definida por el grado de educación le añade el de interés en la política. Se clasificó a los entrevistados en tres niveles de información política.

Para clasificar a las personas con base en una escala de actitudes y valores se construyó un índice de "liberalidad" con base en once preguntas (véase anexo 1). A mayor valor del índice, mayor liberalidad del entrevistado. Las preguntas se tomaron del estudio Los mexicanos de los noventa (Beltrán, et al., 1997). Las preguntas utilizadas para construir el índice miden actitudes individuales en dos dimensiones, una "moral" (aceptación de relaciones sexuales antes del matrimonio, del aborto, de personas de diferente religión, preferencia sexual o grupo étnico) y de importancia de la figura paterna en la familia,

de la práctica religiosa como medida de la religiosidad, y del fatalismo en la vida. El índice resultante utiliza también una escala de tres valores².

Tres de cada cuatro personas utilizan las categorías liberal o conservador para autodefinirse, 39% como liberal, 37% como conservador y 17% no admite ninguno de los dos términos como definición de cómo se considera. Sólo 7% de la población con teléfono en su vivienda respondió que no sabe si es liberal o conservador. En términos generales ésta autodefinición corresponde a la escala de actitudes y valores esperada: 61% de quienes muestran un valor bajo en la escala liberal-conservador se define como conservadores y 69% de quienes tienen un valor alto en el índice se define como liberales. En general, las dimensiones "morales" del índice clasifican mejor a las personas que las otras. La religiosidad y las actitudes de autoritarismo paternalista contribuyen consistentemente a esta autodefinición, pero en menor medida que las dimensiones "morales". Este es un elemento importante a considerar cuando se trate la consistencia de estos conceptos con los partidos políticos y las políticas públicas.

Las personas con los niveles más bajos de información política utilizan en mayor medida que los otros la categoría conservador para autodefinirse. Esto es, quienes tienen menor información -y presumiblemente menor interés- en los asuntos públicos, se consideran a sí mismos conservadores y en su mayoría sostienen creencias y opiniones consistentes con esa definición. Si bien la proporción de personas que se considera conservadora disminuye a medida que aumenta el nivel de información política, no crece en la misma cantidad la proporción de personas que se considera liberal, de hecho, lo que crece más es el número de personas que no admite ninguna de las dos categorías. Esto es, pareciera que la información y el interés políticos tienden a propiciar entre un número importante de personas un cierto rechazo a asumir dimensiones ideológicas como conceptos de autodefinición. Desafortunadamente nunca sabremos, por la ausencia de investigación positiva al respecto en el pasado, si éste es un fenómeno reciente, derivado de la desaparición de las ideologías, o si ha sido un rasgo constante del pensamiento político individual en México.

A quienes se definieron como liberal o conservador se les preguntó por qué se define como tal. Considerarse de ideas liberales se asocia con el respeto a los derechos de los otros, "cada quien tiene derecho a hacer lo que quiera con su vida", y a la idea de que "hay que tener amplio criterio". En menor medida se relaciona con una actitud adecuada a los tiempos actuales. La definición como conservador tiene dos componentes principales, uno de autoridad que valora el legado de valores heredado, "porque así me educaron", "hay que tener principios", "la familia es importante", y la que rechaza o se siente amenazada por la situación actual, "porque hay mucho libertinaje entre los jóvenes".

I d e o l o g í a e historia

Toda ideología sustenta su legitimidad en la historia. Escoge sus episodios y santifica sus héroes. Construye su versión de los hechos del pasado, los vacía reverentemente en bronce, y los presenta como el hilo conductor hacia el estado de gracia en que la sociedad vive o debiera vivir bajo su dominio. De este modo, ofrece a sus seguidores los iconos-símbolo de los valores y preferencias que comparten. Esto es, cada ideología tiene su versión propia y preferida de la historia y ésta es uno de los heurísticos que la identifica. Asumimos pues, que cada credo ideológico tiene su propia versión del pasado que la legitima y le da cohesión como modelo mental compartido.

Para explorar la relación entre las categorías liberal-conservador y la visión de la historia, a cada entrevistado se le preguntó qué fue lo más importante que hicieron Juárez, Villa y Cárdenas. A Juárez se le identifica mayoritariamente con las Leyes de Reforma y la frase que lo distingue; a Villa con la Revolución y porque "luchó con los pobres" y repartió tierras, y a Cárdenas unívocamente con la expropiación petrolera. No es posible saber, con la información de la encuesta, hasta dónde la idea de las Leyes de Reforma asociada a Juárez incluye una conciencia clara de la desamortización de bienes eclesiásticos.

El santoral cívico no cambia con respecto al continuo liberal-conservador. En la gráfica 2 se aprecian las jerarquías del santoral cívico. El siglo xix, la Independencia y la Reforma encabezan la lista y los héroes populares, Villa y Zapata, representan a la Revolución.

No pareciera existir una asociación clara entre la autodefinición liberal-conservador y los valores asociados con la historia. Para indagar este aspecto se ofreció a los entrevistados disyuntivas sobre Juárez, Villa y Cárdenas y se les pidió indicar qué se acercaba más a lo que ellos pensaban: "Juárez fue un buen presidente porque expropió los bienes de la Iglesia o fue un mal Presidente por eso"; Villa fue "un héroe de la Revolución o un bandido que se aprovechó de ella", y "Cárdenas fue un buen presidente porque repartió más tierra a los campesinos o fue un mal presidente porque despojó de sus propiedades a muchos pequeños propietarios". Consistentemente, más de 75% de los entrevistados escogió la opción positiva sobre los personajes históricos: Juárez y Cárdenas fueron buenos presidentes y Villa un héroe y no un bandido. Sin duda la sep impuso una historia oficial que trasciende los contornos ideológicos. La otra dimensión de la conciencia histórica está dada por la importancia atribuida a las efemérides. Suponiendo que una línea básica de la relación liberal-conservador está definida por las actitudes relacionadas con la secularidad, se pidió a los entrevistados indicar cuál de dos fechas le parecía más importante para los mexicanos, el día de la Independencia o el de la Virgen de Guadalupe y el natalicio de Juárez o el viernes santo. Aprovechando el viaje se les pidió escoger entre el aniversario de la Revolución y el del triunfo de Fox. Sólo 20% prefirió el 2 de julio de 2000.

La mayoría de la población (52%) consideró más importante para los mexicanos la celebración de la Independencia que el 12 de diciembre, pero la población se reparte en partes casi iguales entre el natalicio de Juárez y el viernes santo. Aunque no de manera contundente, las efemérides sí se asocian con la definición liberal-conservador en el sentido esperado. Los conservadores prefieren las efemérides religiosas sobre las civiles en proporciones mayores que los liberales (véase gráfica 3).

Entre las elites, la interpretación de la historia de México es un elemento central del clivaje liberal-conservador que pasa por dos dimensiones básicas: el conflicto religioso de los siglos xix y xx y las fuentes anglosajonas o hispánicas del pensamiento político mexicano. Explorar la correspondencia de estos conceptos en el pensamiento popular implicaría una investigación que rebasa con mucho esta encuesta. Con los escasos elementos explorados, pareciera que la interpretación de la historia no parece ser un elemento central del clivaje liberal-conservador entre la población como sugiere el discurso de las elites.

I d e o l o g í a y p r e f e r e n c i a s p o l í t i c a s

Si bien 70% de la población manifiesta una opinión sobre la ubicación que atribuyen a los partidos, en realidad las respuestas revelan que los partidos no tienen una identidad definida frente al electorado, por lo menos en el continuo liberal-conservador: 35% considera al pan liberal y 35% conservador y lo mismo ocurre con respecto al pri.

Del mismo modo, ni la preferencia electoral en estos momentos, ni la identificación partidista de los entrevistados parecen asociarse con el índice liberal-conservador; es decir, preferir al pan o al pri o considerarse panista o priista no está asociado con actitudes definidas por el continuo liberal-conservador.

Por tratarse de una muestra nacional de viviendas con línea telefónica, el número absoluto de personas que prefieren al prd o que se consideran perredistas en la muestra obtenida fue demasiado pequeño para permitir un análisis similar al que se hizo para los otros dos partidos grandes. Conviene señalar que los escasos datos de la encuesta parecen apuntar hacia una identidad más definida del prd asociada a las dimensiones liberal-conservador en el sentido esperado. Sin embargo, reitero que el número de

perredistas en la encuesta es demasiado pequeño para permitir una conclusión clara al respecto.

La valoración histórica, sí se asocia en cierta medida con las actitudes. Juárez y Cárdenas se asocian ligeramente con la identidad partidista en el sentido esperado. Más personas consideran que los panistas piensan que Juárez fue un mal presidente porque expropió los bienes del clero y que Cárdenas fue un mal presidente porque despojó a pequeños propietarios de sus tierras y lo contrario ocurre con las percepciones sobre los priistas (véase gráfica 4).

Esta falta de asociación entre la autodefinición ideológica y las preferencias políticas se explica, básicamente, porque, en general, los partidos no tienen ante el electorado un perfil claro derivado de ofertas definidas, a partir de temas y asuntos de interés público, asociadas a fin de cuentas con dimensiones ideológicas. Probablemente sólo el prd esté construyendo una identidad en estas dimensiones, pero no tenemos suficiente información para concluir algo al respecto.

La escasa información obtenida por esta breve encuesta revela que el continuo liberal-conservador persiste como una línea de diferenciación ideológica entre los mexicanos, pero que si bien permite predecir actitudes y conductas de los individuos, no parece ser una dimensión clara de definición de los clivajes políticos. Cabe señalar, sin embargo, que se trata de una aproximación simple a un problema muy complejo; falta mucha información para determinar la manera cómo esta dimensión ideológica sirve a los individuos y, presumiblemente, se asocia con conductas colectivas de participación política.

No obstante las limitaciones de esta encuesta, la clara ineficacia de los conceptos derecha-izquierda y liberal-conservador como atajos de juicio o informacionales para simplificar las decisiones políticas es un rasgo importante que plantea problemas muy interesantes sobre la manera cómo los mexicanos toman sus decisiones políticas. El argumento central que asumimos fue que los modelos mentales compartidos y resumidos por los conceptos ideológicos son la base de las simplificaciones con las que los individuos enfrentan el universo de información política al que se enfrentan cotidianamente. Recordando el símil de Popkin y Dimock, pareciera que los mexicanos navegan el complejo mar del debate político con pocos instrumentos de navegación, o que las balsas y brújulas que los asisten deben buscarse en modelos mentales compartidos que tienen poco que ver con conceptos ideológicos. Si esto se comprueba con instrumentos más precisos, la manera como la comunicación influye en las decisiones políticas de los mexicanos sería muy distinta a la de contextos donde los atajos de juicio o informacionales sí tienen referentes "ideológicos" de los que se pueden postular actitudes y productos de política deseada previsible. Pero este es otro tema z

Arrow, K., Social Choice and Individual Values, Yale University Press, New Haven, 1951.

Beltrán, U., F. Castanos, J. I. Flores, Y. Meyenberg y B. H. Del Pozo, Los mexicanos de los noventa, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997.

Denzau T. A. y D. C. North, 2000, "Shared Mental Models: Ideologies and Institutions" en Lupia, Arthur, Mathew McCubbins and Samuel Popkin (comps.), Elements of Reason: Cognition, Choice, and the Bounds of Rationality, Cambridge University Press, New York.
Downs, Anthony, An Economic Theory of Democracy, Harper and Row, New York, 1957.

Popkin, Samuel, The Reasoning Voter: Communication and Persuasion in Presidential Campaigns, University of Chicago Press, Chicago, 1991.

Popkin, Samuel y Michael A. Dimock, "Knowledge, Trust, and International Reasoning" en Lupia, op. cit.

Page B. I. and R. Y. Shapiro, The Rational Public: Fifty Years of Trends in American's Policy Preferences, University of Chicago Press, Chicago, 1992.

Sniderman, P. M., R. A. Brody and P. E. Tetlock, Reasoning and Choice: Explorations in Political Psychology, Cambridge University Press, New York, 1991.

Sniderman, P. M., "Taking Sides: A Fixed Choice Theory of Political Reasoning, en Lupia, op. cit.

Zaller J. R. The Nature and Origins of Mass Opinion, . Cambridge University Press, Nueva York, 1992.

Zaller J. R., "The Myth of Massive Media Impact Revived: New Support for a Discredited Idea" en Mutz D. C., P. M. Sniderman and R. A. Brody, Political Persuasion and Attitude Change, University of Michigan Press, Michigan, 1996.